

Viaje del tiempo

GRANDEZA Y MISERIA DE BOBBY FISCHER

Darío Valencia Restrepo

www.valenciad.com

En la década de 1850 un meteoro cruzó el firmamento ajedrecístico de los Estados Unidos y Europa. Nacido en Nueva Orleans, abogado cuando apenas tenía 18 años, con un talento natural para el juego que lo llevó a la cima en una carrera pública de una duración inferior a dos años, y poseedor de un estilo clásico que a un desusado y moderno sentido posicional sumaba el arte combinatorio de los románticos de su época, Paul Morphy fue considerado el orgullo y la tristeza del ajedrez. Después de buscar infructuosamente un encuentro con el destacado inglés Howard Staunton, pues en su concepto ello le habría permitido confirmar su más alta posición internacional, regresó como héroe nacional a su país pero decepcionado se retiró del ajedrez y empezó a desarrollar un comportamiento excéntrico, se aisló del mundo y murió sufriendo delirios de persecución. Algunas semejanzas pueden encontrarse con Bobby Fischer, leyenda en vida y fallecido el pasado viernes a la edad de 64 años en Islandia.

Aproximadamente un siglo después de las hazañas de Morphy, apareció en el Club de Ajedrez de Manhattan, en Nueva York, un muchacho de solo 12 años con un talento también natural que le permitió vencer en ajedrez rápido a grandes jugadores de su país. Se convirtió en campeón de los Estados Unidos a los 14 años y gran maestro a los 15, el más joven hasta ese momento, para luego iniciar una carrera internacional que lo llevó a ganar en forma contundente numerosos torneos y finalmente a la obtención del campeonato del mundo frente a Boris Spasski en 1972 en Reikiavik, capital de Islandia.

Como los jugadores soviéticos dominaban el escenario internacional y por décadas habían conservado el título mundial, Fischer tuvo claro que su lucha tendría a ellos como objeto principal, lo cual además lo llevó a hacer acusaciones según las cuales el contingente soviético se protegía en los torneos mediante el arreglo de las partidas entre sus integrantes. Después de diversos sobresaltos, ese genio del ajedrez se convirtió en retador de Spasski en el llamado encuentro del siglo, caracterizado por una inolvidable caricatura en la portada de la revista Time con el título “El caballero andante contra el rey”. La gran importancia del enfrentamiento, las constantes y numerosas exigencias de Fischer, algunas de veras extravagantes, y cierto sensacionalismo de los medios de comunicación que quisieron ver el match en el contexto de la Guerra Fría, llevaron a un seguimiento mundial sin precedentes (los no muy jóvenes deben recordar las transmisiones radiales que comunicaban casi en forma inmediata las jugadas, así como los comentarios y análisis de nuestro Boris de Greiff en la televisión) y a una difusión sin par del llamado juego ciencia.

Fischer encarnó, por excelencia, al profesional del ajedrez. Dispuesto siempre a buscar sin tregua la victoria, trabajador incansable en los análisis y la preparación, con una exactitud letal y habilidad técnica que anticipaba el computador y dotado de una versatilidad que lo destacó en todas las fases de la partida. Su poderosa personalidad les

impuso a los organizadores mayor respeto por los jugadores y mejores condiciones en los torneos. Pero después de vencer a Spasski en una titánica lucha, la Federación Internacional no aceptó todas sus exigencias para medirse con el retador Anatoli Karpov en 1975 y entonces el campeón fue despojado del título. En gran medida perdió contacto con el mundo y se alejó del ajedrez público, con excepción de una especie de encuentro de revancha con Spasski en 1992 que le causó un grave problema con el gobierno de Estados Unidos, dado que existía un embargo contra el país en donde se jugó dicho encuentro, todo lo cual condujo a su encarcelamiento por varios meses en Japón. Es ridículo que una retaliación de guerra contra Yugoslavia hubiese tratado de impedir un pacífico encuentro entre dos figuras históricas.

Pero aquel prodigio del ajedrez tenía un lado oscuro. La orientación en forma total al juego y la desatención a otros aspectos de su formación personal y cultural revelaron un ser de lamentables condiciones humanas. Con ribetes paranoicos, sus escandalosas declaraciones mostraban un intenso odio contra los comunistas, los judíos y los Estados Unidos. Sus prejuicios y su misoginia lo llevaron a denigrar a la mujer y en una ocasión a ofrecer un caballo de ventaja a cualquiera de ellas, a lo cual replicó otro campeón del mundo, Mikhail Tal: “Fischer es Fischer, pero un caballo es un caballo”.

Las últimas fotografías lo muestran envejecido y con una presencia descuidada. Su trayectoria pone de presente cómo puede desvirtuarse la pureza del deporte cuando impera el profesionalismo excluyente y se pierde el sentido lúdico, el principio del juego por el juego mismo. Pero dejemos descansar al luchador. Queden sus partidas como recuerdo imperecedero de su inmensa contribución al desarrollo y popularización del antiguo y siempre nuevo juego de ajedrez.

Periódico El Mundo
Medellín, Colombia, 21 de enero de 2008